

RE/LEER A PEIRCE

(CITA CON EL TERCERO EN DISCORDIA)¹

Carmen C. Guadalupe Melo*

... debemos decir que nosotros estamos en el pensamiento, no que el pensamiento está en nosotros... (Peirce, 1868: 19).

Volver a entrar al universo peirceano y proponerme explorar en la escritura los vericuetos por los cuales podría transitar, me retrotrae inmediatamente a una experiencia vivida hace ya mucho tiempo. Esa experiencia tuvo lugar en la ciudad de Montecarlo, provincia de Misiones, durante un viaje familiar que casualmente desembocó en el Parque Vortisch, reconocido destino turístico de la zona cuyo principal atractivo es un laberinto vegetal de unos 3.000 metros cuadrados.

Si bien en mi recuerdo quedan sólo algunas imágenes sueltas, ellas me permiten revivir distintos *estados* de aquella experiencia: la exaltación desafiante del primer tramo recorrido, la adrenalina incitadora frente a lo desconocido, el temor receloso a la dificultad de encontrar la senda *correcta*, la observación atenta de los lugares transitados; el reconocimiento del camino, la identificación de una vía posible, la satisfacción de hallar la salida, el deleite de observar –desde una mirada panorámica– el itinerario realizado².

Dicho esto, redescubro la certeza inmediata de que el espacio de lo cotidiano en el cual habito frecuenta este recuerdo no sólo en cada nueva situación que experimento, en cada visita a un lugar que desconozco o en la estancia en una ciudad que no es la mía, sino también en un relato, en una imagen, en las conversaciones... en las palabras que repito y que reencuentro toda vez que vuelvo a pronunciarlas.

Desde esta certeza algo intuitiva –valga la paradoja– disparo a continuación una lectura que parte de una serie de textos de Charles Sanders Peirce. El objetivo que me guía apunta a explorar algunas líneas de su pensamiento para ponerlas en discusión con ciertas inquietudes *que me andan rondando* y que tienen que ver con la práctica de la lectura (literaria y *de la otra*) y su relación intrínseca con la escritura y la investigación.

exaltación desafiante / adrenalina incitadora³

Emprender investigaciones vinculadas al universo de los discursos literarios de la provincia de Misiones implica adentrarnos en una serie de discusiones que recién en los últimos años han comenzado a *hacerse lugar* en el marco de la crítica literaria argentina canónica⁴. Esto involucra, en un principio, iniciar una serie de diálogos que pongan en discusión la concepción de lo *literario*

#####

* Jefa de Trabajos Prácticos de *Metodología de la Investigación I (Literaria)* y de *Literatura de habla Inglesa*. Departamento de Letras, FHyCS, UNaM. Contacto: cargm81@hotmail.com

regional y por tanto de lo *literario argentino* que fueron acuñadas por los discursos críticos hegemónicos y que han sido instaladas y adoptadas por algunos agentes del campo cultural misionero. En el marco del proyecto de investigación *Autores Territoriales* esa ha sido una conversación que se ha iniciado hace ya algunos años desde distintas perspectivas; ya sea desde el abordaje y definición de los aspectos que identifican a las figuras autorales de este territorio, así como a partir del despliegue de líneas de trabajo vinculadas a la producción literaria de un grupo de autores, considerado referencia ineludible. Mi labor en ese marco ha recorrido de manera aparentemente incierta diversos aspectos de la problemática, para instalarse durante sus últimas indagaciones en torno a una perspectiva que aunque por momentos se queda en una dimensión metadiscursiva, intenta deslindar consideraciones que me posibiliten entamar los diferentes planos de mi labor profesional: la articulación entre la teoría y la crítica literaria, así como los discursos teórico metodológicos en el campo de la labor en investigación⁵. En esta línea, y como ya lo he mencionado, me interesa el cruce que se produce entre dos prácticas que resultan nodales en este hacer y que son la *lectura* y la *escritura* entendidas en su sentido más pleno; sentido que ha sido habilitado precisamente por los aportes de la semiótica triádica de Charles S. Peirce.

Hecho este deslinde, considero que reconocer el signo triádico propuesto por este autor implica, aún en nuestros días, adentrarnos en un territorio más bien movedizo –*indisciplinado*, en palabras de Fernando Andacht (2001: 20)⁶– si tenemos en cuenta el panorama que ha dominado y aún domina el paisaje de las investigaciones científicas⁷. Este terreno móvil, alejado del ánimo verificacionista del experimento o de la búsqueda de validación de verdades absolutas, constituye la vía que me interesa descubrir, el camino que deseo recorrer; la voluntad de ese tránsito se dispara precisamente por el espacio *entre signos*, donde según la perspectiva peirceana siempre puede ocurrir la *interpretación*.

Cual modesta y por tanto insistente lectora de este autor, retomo en este punto aquel (re)conocido enunciado con el cual todos hemos lidiado en una primera aproximación y por el cual, hasta el presente, hemos quedado prendados: “un signo, o representamen, es algo que está por algo para alguien en algún aspecto o capacidad” (1897: 1). Al transcribir una vez más estas líneas, intento descifrar la obstinación con la que regreso al enunciado y que atribuyo a la extensa grieta que abre para todo aquel que desee sumergirse en el terreno de lo *contingente*, donde el sentido se pluraliza y se fuga conjuntamente con la mirada de quien observa.

¿Lectura obvia y reiterativa? Seguramente. Sin embargo, inevitable para quien se reencuentra y por tanto se re/apropia de este espacio para lo posible que una y otra vez se vuelve un desafío.

temor receloso / observación atenta

En un escrito del año 1894, dice Peirce: “todo razonamiento es interpretación de signos de algún tipo” (1894: 1). Estos signos, a los que él define a partir de la tríada *ícono*, *índice* y *símbolo*⁸, se encuentran en relación directa con tres estados mentales que, como cuando entraba al laberinto, son la *sensación*

(exaltación y adrenalina), la *reacción* (recelo y atención) y el *pensamiento* (reconocimiento e identificación) y definen tres clases de interés:

Primero, podemos tener un interés primario en la cosa por sí misma. Segundo, podemos tener un interés secundario en ella a causa de sus reacciones con otras cosas. Tercero, podemos tener un interés mediado en ella, en tanto que transmite a la mente una idea sobre una cosa. En tanto que así lo hace es un *signo* o representación. (Ob. cit.: 2)

En este sentido, y teniendo presente los ya conocidos pasos que orientan según los modelos preestablecidos el proceso de investigación, es que me interesa profundizar en esta perspectiva que – además, y supongo que no tan casualmente– explica y justifica la búsqueda emprendida. Y es que mi experiencia en investigación me lleva bastante a contramano de las prospectivas sostenidas por la tradición metodológica del campo; hecho que en un punto –y si se me permite– me inquieta pero que al mismo tiempo me motiva desde el primer momento, dado que me enfrenta a una búsqueda que aún sigue explorando su senda. Esto es, me interesa *la cosa en sí misma*, el impulso a adentrarme en la discursividad literaria; me moviliza la *reacción* (la relación) que ésta mantiene con *otras cosas*, la indagación/investigación del texto, de la autoría, de la condición literaria; me captura *la idea*, la construcción de sentidos, la búsqueda de relaciones posibles: la interpretación de los discursos y la configuración que de allí despliega la articulación de la palabra propia. Me atrapa la lectura que (se) *traduce*⁹ (en) la escritura y viceversa.

Dicho esto, tomo una vez más un pasaje reiteradamente citado:

Un signo o representamen es un Primero que está en una relación triádica genuina tal con un Segundo, llamado su Objeto, que es capaz de hacer que un Tercero, llamado su Interpretante, asuma la misma relación triádica con su Objeto que aquella en la que está él mismo respecto al mismo Objeto. (Peirce, 1893–1903: 1)

Inmediatamente, recupero la imagen triangular con la cual se suele graficar la relación aquí explicitada. Pienso en la circularidad que está latente en esa figura, en la equilibrada espacialidad que distancia cada uno de sus puntos; pienso en la derivación, la diseminación que la relación entre cada uno de esos vértices habilita y que –no lo olvidemos– instaura la infinita semiosis peirceana.

Entonces, otra vez, vuelvo al autor citado:

La relación triádica es genuina, esto es, sus tres miembros están vinculados por ella de una forma que no consiste en ningún complejo de relaciones diádicas. Esa es la razón por la que el Interpretante, o Tercero, no puede estar en una mera relación diádica con el Objeto, sino que debe estar con él en la misma relación que aquella en la que está el Representamen mismo. (1883–1903: 1)

En la relectura de estos dos fragmentos –que se corresponden con una misma idea–, experimento el vértigo que provoca volver a las palabras en busca de la identificación del sentido hacia el cual me dirigen. Sin embargo, aunque el sentido se vuelve escurridizo, pone en evidencia aquello que sostenía

#

#

Barthes cuando definía a la lectura como *lo que no se detiene*; esto sucede porque cada vez que me enfrento a esta lectura (como a tantas otras) me encuentro no solamente con una práctica que instaura una cita con la palabra enunciada, sino también con lo posible, con el espacio a partir del cual comienzo a tejer, a elucubrar, a reencontrar la vía del decir, (¿y?) del hacer. Un hacer que puede ser interpretación, apropiación, conocimiento, y que en el tránsito por la letra escrita se vuelve también, él mismo, escritural.

Atendiendo a esta contingencia es cuando alcanzo a establecer el vínculo que me interesa, ya que volver a estos enunciados clave en el pensamiento peirceano me posibilita, una vez más, sostener la práctica de investigación que llevo adelante. Práctica que ocurre en el entremedio, en la frontera móvil entre lo (des)conocido y lo posible (en el *escribir leyendo* derrideano si se quiere), pero que no por ello deja de *ocupar* un lugar, de tomar y definir una posición a partir de la cual desplegar su labor.

reconocimiento del camino / identificación de la vía posible

Ahora me toca deslindar el camino, encontrar los argumentos que sigan impulsando esta propuesta. Esto es, tratar de explicar por qué la vuelta a Peirce resulta crucial para la perspectiva que vengo adoptando.

En primer lugar, y como ya lo he señalado, me interesa la noción de espacio intermedio –entre signos, frontera, intersticio– que queda sugerida al ubicar a la significación (a “toda operación intelectual”) como aquello que tiene lugar a partir de la tríada simbólica. Según Peirce, *pensamos sólo con signos*, de manera que –como destacaba más arriba– todo razonamiento se vuelve *interpretación de signos de algún tipo* (cf. 1894: 1); esto, a su vez, conduce al conocimiento *verdadero*.

Ahora bien (y este es el segundo punto que captura mi interés), el conocimiento verdadero según Peirce, no es sino aquel conocimiento en el que *se espera que pueda descansar la creencia* (cf. 1901: 1), entendida ésta como hábito mental inconsciente que tiende a alcanzar un estado que al menos por un tiempo permanezca *inatacable por la duda*. Durante ese tiempo –cuando se produce la *fijación de la creencia*–, es cuando el razonador (investigador) alcanza su doctrina lógica a través de la definición de hábitos y métodos.

Dos cosas aquí son de la máxima importancia para asegurarse y para recordar. La primera es que una persona no es absolutamente un individuo. Sus pensamientos son lo que se está “diciendo a sí mismo”, es decir, lo que está diciendo a ese otro yo que está llegando a la vida en el flujo del tiempo. Cuando se razona, es a ese yo crítico a quien se está tratando de persuadir; y todo pensamiento cualquiera es un signo, y es principalmente de naturaleza lingüística. La segunda cosa a recordar es que el círculo de la sociedad del hombre (no importa cuán ampliamente se entienda esta frase), es una especie de persona flojamente compactada, en algunos aspectos con un rango más alto que la persona de un organismo individual. Son estas dos cosas solamente las que le hacen posible a uno (...) distinguir entre verdad absoluta y lo que no se duda. (Peirce, 1904: 7. El subrayado es mío)

Citado este fragmento, pienso en el carácter *intermedio* de la práctica de la lectura. Esto es, una práctica continua cuya *triangulación* entre la letra (lo enunciado), el lector y el pensamiento (la *idea*) dispara relaciones que van asumiendo una diversidad de formas. Así, la primera reconoce la palabra como el espacio único a partir del cual el que lee se adentra en un territorio cuyas características va develando en la medida que lo transita; la segunda establece el ritmo de lectura y entonces el sentido de deriva que asumirá en el devenir que comienza y que posibilita la apropiación de lo dicho; la tercera funda y por tanto instala una lectura posible que vuelve sobre la página escrita para desde allí disparar una nueva escritura¹⁰.

Esa nueva escritura, plagada de marcas que el lector va descubriendo y desde las cuales empieza a establecer relaciones, constituiría una aproximación al conocimiento. Conocimiento que en estos términos no deriva de una matriz definida de antemano, sino de una búsqueda un tanto intuitiva (curiosa) donde lo que prima es la mirada perspicaz (atenta), lúdica, que atiende no tanto a la experiencia, sino a la *capacidad para la experiencia* (cfr. 1894: 5)¹¹.

Digo intuición, curiosidad, perspicacia y vuelvo a la *abducción* peirceana para incurrir una vez más en lo que Peirce define como “conocimiento verdadero”. Si según este autor la *abducción* –entendida como uno de los tres tipos de razonamientos– es la que “Proporciona al razonador la teoría problemática que la inducción verifica” (1901: 2), es también la que introduce la capacidad de *advertir, examinar y reconocer* al tiempo que *proporciona nuevas ideas* (Idem) o *hipótesis explicativas* que sugieren lo posible. En este sentido, la noción de “lo verdadero” se desestabiliza una vez más y el conocimiento se convierte en la posibilidad de razonar, es decir de observar, investigar, abstraer y, por tanto, participar de la terceridad¹².

satisfacción / deleite

Y es entonces en la terceridad donde me deleito, ya que es allí donde encuentro una propuesta que reconoce la *indagación* como uno de los principios de la investigación¹³ y donde investigación deja de entenderse como la aplicación de un método único e infalible, sino más bien como una búsqueda que procede de lo conocido hacia lo desconocido. Esta búsqueda está dada, en palabras de Peirce, por la adopción de una *opinión intelectual* que antes que consagrarse a creencias particulares se resguarda en la *integridad de la creencia* (cfr. 1877: 11).

Me interesa en este punto retomar una vez más la concepción de *pensamientos-signos* que en cierta forma ya introducía más arriba y que a mi entender explica el cruce con el que me vengo involucrando. Esto sucede porque todo pensamiento-signo nos introduce una vez más en el juego triádico extensamente conocido, donde todo signo *es signo para algún pensamiento que lo interpreta*, de manera que todo pensamiento se desarrolla a partir de algún signo y no sería admisible pensar el sentido como algo único e indiscutible y mucho menos estático. Asimismo, si todo signo *es signo por [en lugar de] un cierto objeto del que es equivalente en este pensamiento*, todo pensamiento, a su vez,

convoca a algún objeto desde y para el cual se despliega, de modo que emergen relaciones de sentido dadas en y por la cultura; por último, nos encuentra con el hecho de que todo signo *es signo en algún respecto o cualidad, que lo pone en conexión con su objeto*, lo que instala una última correlación que establece que todo pensamiento se desarrolla en la vuelta sobre sí mismo; esto es, existe en cuanto tal por el mismo hecho de estar sucediendo, lo que lo convierte en un acontecimiento continuo que se desarrolla en un tiempo y en un lugar precisos (cfr. 1868: 7-8).

Dicho esto intentaré recapitular sobre la problemática que dispara esta discusión y a la cual no he dejado de volver –aunque reconozco que indirectamente– a lo largo de estas páginas: la posibilidad de pensar la literatura escrita en Misiones como una literatura territorial que desborda las *guías de lectura* preestablecidas y que habilita nuevos recorridos para los discursos críticos que circulan en torno a ella. Esto sería, a grandes rasgos y a modo de conclusión, volver a leer la literatura de estos autores¹⁴ desde una mirada que corra el velo pintoresquista que la tradición literaria argentina ha puesto sobre ella –al igual que sobre todas las literaturas *del interior argentino*– y se enfrente así a la dimensión lingüística que la configura y por tanto la caracteriza; y cuando digo lingüística me refiero a la constitución que toda práctica discursiva tiene –como diría Benveniste– *en y por el lenguaje* y que la reinstala en la vía de la interpretación y el sentido con la que vengo conversando.

Para ser más precisa, me interesa –en el seno del proyecto en el cual se inscribe la línea que aquí he desplegado– volver sobre las distintas prácticas de territorialización que instauran estos discursos autorales con el objeto de reconocer en ellas las marcas que por la escritura dejan entrever los itinerarios de lectura individuales desplegados por estos cuatro autores y que me enfrentan al posicionamiento crítico que asume cada uno de ellos al reconocerse como lector/escritor en el seno de una cultura¹⁵.

Asimismo, y atendiendo al carácter fundador de estas discursividades autorales, me propongo reflexionar acerca de las diversas (y dispersas, en algunos casos) teorizaciones que vayan irrumpiendo en las múltiples textualidades producidas por estos autores¹⁶.

¿Salir? del laberinto

Adoptar una perspectiva peirceana para la investigación despierta muchas preguntas, dudas y a veces también objeciones. Muchas veces, emergen como cuestionamientos explícitamente enunciados; otras, a través de miradas esquivas que reniegan de la movilidad que implica asumir este posicionamiento fronterizo.

Ahora bien, considero que es tiempo de repensar el lugar desde el cual se sostiene esta mirada esquivas, ya que reiteradamente se traslada no sólo a las metodologías adoptadas al momento de proyectar nuevas investigaciones, sino también a la búsqueda de herramientas que posibiliten sostener propuestas de investigación directamente vinculadas al campo de las ciencias sociales, las humanidades y las artes.

Convencida de que en el cruce entre lectura, escritura e investigación existe un intersticio por el cual colarse hacia estas indagaciones y en vistas de una concepción extendida de estas tres prácticas, es que he retomado estas conversaciones con el pensamiento de Charles Sanders Peirce. Conversaciones que por supuesto no terminan aquí ya que, como señalaba al comienzo, el laberinto me reencuentra cotidianamente en la experiencia de los espacios, de los lugares, de los lenguajes y por tanto del pensamiento.

Bibliografía

Textos citados

Andacht, F. (2001). *Un camino indisciplinario hacia la comunicación: medios masivos y semiótica*. Bogotá: CEJA.

Peirce, Ch. S. (1868). “Algunas consecuencias de las cuatro incapacidades”. (Publicado originalmente en *El hombre, un signo*). En <http://www.unav.es/gep/AlgunasConsecuencias.html>, traducción al español de José Vericat. 1988.

————— (1877). “La fijación de la creencia”. (Publicado originalmente en *El hombre, un signo*) <http://www.unav.es/gep/FixationBelief.html>, traducción al español de José Vericat. 1988.

————— (1893–1903). “El ícono, el índice, el símbolo”. En: <http://www.unav.es/gep/IconoIndiceSimbolo.html>, traducción al español de Sara Barrena. 2005.

————— (1894). “¿Qué es un signo?”. En: <http://www.unav.es/gep/Signo.html>, traducción al español de Uxía Rivas. 1999.

————— (1897). “Fundamento, objeto e interpretante”. En <http://www.unav.es/gep/FundamentoObjetoInterpretante.html>, traducción al español de Mariluz Restrepo. 2003.

————— (1901). “Razonamiento”. En: <http://www.unav.es/gep/Reasoning.html>, traducción al español de Sara Barrena. 2001.

————— (1903). “Principios de filosofía”. En: <http://www.unav.es/gep/PrinciplesPhilosophy.html>, traducción al español de Fernando C. Vevia. 1997.

————— (1904). “Qué es el pragmatismo”. En <http://www.unav.es/gep/WhatPragmatismIs.html>, traducción al español de Norman Ahumada. 2004.

Intertextos

Peirce, Ch. S. (1903). “Tres tipos de razonamiento”. (Publicado originalmente en *El hombre, un signo*). En: <http://www.unav.es/gep/OnThreeTypesReasoning.html>, traducción al español de José Vericat. 1988.

_____ (1910). “Los signos y sus objetos”. (Publicado originalmente en “Meaning”)

En: <http://www.unav.es/gep/Signos&Objetos.html>, traducción al español de Mariluz Restrepo. 2003.

#####

Notas

¹Trabajo realizado en el marco del Seminario dictado por el Dr. Fernando Andacht –“Introducción y aplicaciones del Modelo Semiótico y Triádico de Charles S. Peirce–. Maestría en Semiótica Discursiva, Programa de Semiótica, FHyCS, UNaM.

² El final del tránsito por el laberinto vegetal se completa con un mirador que posibilita a los que han encontrado la salida contemplar desde arriba todo el trayecto que se ha recorrido.

³ El despliegue que se inicia parte de los trabajos desarrollados en el marco del proyecto *Autores Territoriales* (Secretaría de Inv. y Posgrado, código 16H/284) y *Territorios literarios e interculturales: despliegues críticos, teóricos y metodológicos*, en los cuales se aborda la problemática de la autoría y la literatura de este territorio a partir de la producción de Olga Zamboni, Marcial Toledo, Hugo W. Amable y Raúl Novau. Los proyectos autorales de estos cuatro escritores –considerados *fundadores de discursividad*– constituyen el corpus central de nuestra investigación.

⁴ Digo esto a partir de la dinámica observada en el último Congreso de Literatura de las Regiones Argentinas, llevado a cabo en la ciudad de Mendoza en septiembre de 2010. Durante el evento, fue notoria la orientación de los discursos –provenientes de diversos espacios académicos del país– hacia el cuestionamiento de la mirada centralista que denomina a la literatura de las provincias del *interior* del país como *literatura regional*, definida ésta por rasgos exóticos y pintoresquistas.

⁵ Valga el tono anecdótico para aclarar una vez más que en este momento me desempeño como parte del equipo docente de la cátedra Teoría y Metodología de la Investigación I (literaria) de las carreras de Profesorado y Licenciatura en Letras. Las discusiones en torno al trabajo del investigador que se despliegan al interior de la misma emergen a partir del cruce entre los enfoques de la teoría y a crítica literaria, la semiótica peirceana, la semiótica de la cultura, el giro lingüístico y los estudios culturales.

⁶ Señala este autor un punto que me interesa: “...me instalo en su pensamiento como en un lugar de observación móvil, desde el cual contemplar las posibilidades de diversos enfoques.” (2001: 21)

⁷ Sólo retomar la oscilación entre significado/significante y objeto/representamen/interpretante, o recordar el par inducción/deducción frente a la tercera posibilidad de la abducción que el norteamericano propone, nos deja vislumbrar la dimensión de esta problemática.

⁸ También *objeto, representamen e interpretante*.

⁹ Entiéndase traducción en el sentido de Thomas Kuhn. (Ver *¿Qué son las revoluciones científicas? y otros ensayos*. Barcelona, Paidós, 1989).

¹⁰ No desatiendo en este punto a las distintas reflexiones en torno a la enunciación.

¹¹ Esto es, la capacidad para la terceridad. Considero relevante volver a la siguiente definición: “El pragmatismo no intenta definir los equivalentes fenoménicos de las palabras e ideas generales, sino que, por el contrario, elimina su elemento sensible y se dedica a definir el significado racional, y esto lo encuentra en el comportamiento intencional de la palabra o proposición en cuestión”. (1904: 9–10)

¹² Retomo las palabras de Peirce en “La fijación de la creencia” cuando señala que “La posesión plena de nuestra capacidad de extraer inferencias, la última de todas nuestras capacidades, es algo que hay que alcanzar, ya que no es tanto un don natural como un arte prolongado y difícil”. (1877: 1)

¹³ Otra vez: “La irritación de la duda es el solo motivo inmediato de la lucha por alcanzar la creencia. Lo mejor ciertamente para nosotros es que nuestras creencias sean tales que verdaderamente puedan guiar nuestras acciones de modo que satisfagan nuestros deseos; y esta reflexión hará que rechacemos toda creencia que no parezca haber sido formada de manera tal que garantice este resultado. Pero sólo lo hará así creando una duda en lugar de aquella creencia. La lucha, por tanto, empieza con la duda y termina con el cese de la duda. De ahí que el solo objeto de la indagación sea el establecer la opinión.” (Peirce; 1877: 5)

¹⁴ Me refiero una vez más a los autores que conforman el corpus de estudio del proyecto *Autores Territoriales* ya mencionado.

¹⁵ Cultura que puede pensarse regional, nacional, universal o territorial, en términos de Deleuze–Guattari.

¹⁶ Y con esto me refiero no sólo a los discursos literarios sino también a los distintos textos críticos producidos para revistas o diarios, así como a las entrevistas, discursos o presentaciones escritas para ser leídas que emergen de los archivos personales de estos escritores.